

I Certamen de Relato Corto
“ALMARAIL ESCRIBE SU HISTORIA”



“SE NOS CASA LA JUANI”

Autor: ANDRÉS MUÑOZ DE MIGUEL

SE NOS CASA LA JUANI

ALMARAIL CABALGA

Cabalgan a pelo los años 50 del siglo pasado por las calles y campos de Almarail. Su marcha diaria es monótona, sin grandes galopadas ni paradas bruscas. Pero el ritmo del tiempo cambia según el cariz de los acontecimientos; hay momentos en que el tiempo se eterniza; las condiciones adversas alargan la espera y las horas ruedan con lentitud. Sin embargo, cuando la vida sonríe, el sabor, la fiesta y la ternura pasan deprisa sin tiempo suficiente para agotarlas y saciarse. La edad también calibra la vida con distinta medida. Para los mayores del lugar la existencia pasa a galope tendido, desbocada, sin brindas y no se le puede frenar ni aunque se le ponga el arcial. Los jóvenes viven al trote, disfrutando el día a día con intensidad; no se paran a pensar en la duración ni en el retraso; viven en tiempo presente y cabalgan sin prisas hacia el futuro. Los pequeños, en cambio, quieren acortar el tiempo, chospan como los corderillos fortaleciendo los músculos vitales para apresurar la adultez. Pero todos cabalgan localmente en su propia cabalgadura, construyendo la historia de su pueblo, Almarail. Y en esta historia unas veces se ríe y otras se llora.

Hace algo más de un año tocó risa y satisfacción, porque se terminó el puente sobre el Duero, momento

de alegría por las grandes ventajas que traía al pueblo: facilidad para hacer los trabajos agrícolas en las fincas del otro lado del río, apertura de una vía de acercamiento a la ribera y a Soria, el establecimiento de una línea de viajeros, arreglo de la carretera. El orgullo perdura y se sigue sacando pecho por este logro. El Duero cabalga con sus gentes y sobre el puente cabalgan todos los almarailenses en ruta hacia el futuro.

SE HACE SABER...

Hoy Almarail suena a fiesta entrañable. Así lo anuncian las campanas, centinelas protectoras de la vida social. Hoy vuelan de alegría, meciéndose en el aire, libres de sus ejes y troneras, expresando emoción y algarabía; no como otras veces que convocan a rebato, azofra, entierro o búsqueda.

Las manos mozas empujan con bravura, a manotazos, el yugo para conseguir un volteo frenético que traspase los límites del vecindario. Después de engrasar bien los ejes y con el resuello a tope, estos curtidos mozos luchan a brazo partido para lograr la campanada más espectacular. Su desafío es mejorar los más grandes toques de campana que se recuerdan en el pueblo y llegar incluso a embobarlas, consiguiendo que el badajo no toque en el metal y dejar la campana sorda, sin sonido, hecho que sólo se logra lanzándolas a gran velocidad. Es como el bando público emocional que da a conocer la alegría y la fiesta de hoy.

Efectivamente, este pregón sonoro logra su objetivo. La campana grande, centenaria, le hace un guiño de complicidad a la Turujalba, vigía secular. Y mirándose frente a frente, como siempre, le envía, una vez más, su noticia, hoy eco gozoso, para que lo trasmita a toda la cuenca del Duero. La señal informativa llega incluso al duro tímpano de Fernando, pastor del pueblo, que cuida sus ovejas en la dehesa del Reato, junto a la barca de maroma. Está en animada charla, río por medio, con otro pastor del Cubo, que al oír el risueño campaneo le pregunta qué pasa en Almarail, qué buena nueva sucede, porque las campanas echan humo y parece que se han vuelto locas.

- Se casa la Juaní del tío Pablo y la tía María con un forastero, le aclara Fernando

- ¿De dónde es el mozo?

- De un pueblo del campo de Gómara

- Entonces será rico, sentencia el del Cubo

Como el tiempo no apremia entre pastores y la curiosidad es mucha, el ribereño pide más detalles

- ¿Y cuál es su gracia?

- Creo que se llama como tú, aunque no lo he tratado mucho. Tampoco le he visto la cartera y no sé si viene de familia hacendada, aunque se ha portado bien a la hora de pagar el piso a los mozos; no ha habido que rogarle mucho como a otros fanfarrones que se hacen los remolones.

Los dos pastores, apoyados sobre los garrotes, siguen en animada cháchara, enzarzados en el tema del piso, contando las batallitas de sus respectivos pueblos, a cual más exagerada, aunque ambos coinciden en que esa costumbre no se debe perder porque viene de lejos y no hace daño a nadie.

Intentando terminar con el tema, porque el rebaño ha cambiado de careo, Fernando comenta la cantidad actual que se pide de piso. Se sabe de carretilla lo que dice el letrero del frontón: “todo forastero que pretenda a una chica del pueblo tendrá que pagar de piso 100 pesetas a la Sociedad de los Mozos”

Este día de boda se presenta luminoso y placentero, como debe ser. Todo está preparado: los novios, los trajes, padres y padrinos, la iglesia, el convite, el vecindario. Y como es septiembre y todo el mundo ha terminado de eras con buena cosecha, los ánimos también están listos para la fiesta.

ENTRESIJOS

Pero hasta llegar aquí, los novios y familiares han tenido que dar muchas patadas y tocar muchos palillos, para que todo salga bien.

Los novios llevan más de cuatro años de relaciones formales. Son de esas parejas que se eternizan en el noviazgo y hasta se acostumbran a esa situación. Pero ya hace casi un año que habían decidido dar el paso y casarse. Un día tras otro Juaní le estaba pinchando al tranquilo de Fernando para ir

concretando el día de la boda. Por fin, contando con el parabién de las respectivas familias, deciden que sea en septiembre. Y aquí comienza todo el trasiego.

La primera tarea es ir a hablar con el sr. Cura para comunicárselo y, si le parece bien, ir preparando todo. Don Leoncio les explica el ritual con pelos y señales: hay que hacer el expediente matrimonial, las amonestaciones, examen de doctrina, confesar y preparar la misa de velaciones. Aún queda mucho tiempo, pero no hay que descuidarse. Por ello, el sr. Cura le aconseja al novio que vaya pidiendo la partida de bautismo al Cura de su pueblo. Cuando estén todos los papeles se iniciará el expediente que firmarán los contrayentes y se le dará curso.

Se fijan las amonestaciones para tres domingos consecutivos, anteriores a la boda, dejando quince días en medio, por si hubiera declaración de algún impedimento. El sr. Cura las lee a pie de altar al finalizar la misa con esta fórmula tradicional y conocida por todos los vecinos: “Desean contraer matrimonio canónico según lo manda la Santa Madre Iglesia de una parte Fernando (se citan apellidos, el día, mes, año y lugar de nacimiento y de bautismo, padres y abuelos) con Juana (apellidos y demás datos). Si alguien sabe de algún impedimento por el cual este matrimonio no pudiera celebrarse, debe comunicarlo cuanto antes. Esta es la primera amonestación”. A esta siguen otras dos con el mismo formulario en domingos posteriores. Como

aviso permanente, las amonestaciones quedarán también expuestas en la cancela de la iglesia. Los asistentes a misa difundirán por todo el pueblo el hecho. Gracias a ellos todo el mundo sabrá que los novios “están leídos”.

Siguiendo la costumbre, los padres de Juaní y de Fernando comieron juntos el domingo de la primera amonestación, hecho que ratifica la firmeza de la decisión tomada por los novios de formar pareja. No es que esta celebración signifique una atadura indisoluble y que no se puedan volver atrás, pero sí que es una demostración pública de intenciones serias.

Una de las cosas que más cuesta arriba llevan, tanto Juaní como Fernando, y que les llega a poner nerviosos, es tener que pasar el trámite del examen del catecismo o de la doctrina. Es un trago al que no están acostumbrados, porque supone responder ante el cura a una serie de preguntas relativas a la fe cristiana y al sacramento del matrimonio. Pero D. Leoncio, hombre bonachón y cercano, se lo hizo llevadero. Al preguntarles a los novios, cosas tan elementales para un cura, como cuántos dioses hay, Fernando confiesa que se hace un lío con eso de la Santísima Trinidad (el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios) y ya no sabe si hay un Dios, como él siempre ha creído, o son tres. Le parece que aquí las matemáticas fallan. Ante la insistencia del sr. Cura, si es uno o son tres, el novio se sincera: “Míre, yo me quiero casar con la Juaní, pero ya no sé

sí hay uno o tres o más dioses; usted que sabe más ponga los que quiera”. D. Leoncio se ríe y, en vez de seguir en plan de examen, cambia de sistema y le echa un pequeño sermón sobre la doctrina matrimonial de la Iglesia, añadiendo unos cuantos consejos prácticos para vivir en pareja. Por supuesto que los novios aprueban el examen. Solamente queda para el día anterior a la boda limpiar y preparar la iglesia y limpiar y preparar el alma con la confesión.

Concretado y arreglado todo lo de la Iglesia, ahora toca pasarse por el Ayuntamiento a comunicar su enlace y puedan así ir preparando el Libro de Familia y demás trámites legales.

Pero la faena no ha hecho mas que empezar. Quedan por delante otros asuntos que tratar. Uno de ellos es ir varias veces a la modista y al sastre para medirse y probarse los trajes. Por eso aro tienen que pasar, al menos, novios, padres y padrinos. Hay que trajearse debidamente. No sirven para la ocasión ni el traje de los domingos ni siquiera el de las fiestas. Si es necesario se tira la casa por la ventana, pero este día hay que ir de punta en blanco.

Otro plato fuerte es el convite. Hay que preparar escabechados, asados, embutidos, pan, tortas, dulces, vinos y licores y recoger entre todo el vecindario mesas, sillas, cubiertos, jarras, porrones y demás útiles necesarios para todos los invitados.

El horno municipal y los fogones caseros están al rojo vivo. En el pueblo hay un trasiego continuo de olores,

sabores, colores y hasta sudores. Los asados de cordero van y vienen en bandejas de lata impregnando el ambiente de su olor característico. Los sabores dulces de las tortas y sobadillos se entremezclan con los sabores de vinagre y pimienta de los escabechados, ricos sabores potenciados por los colores tostados, rubios, y blancos de magdalenas, rosquillas y el pan blanco, recién hecho.

Y todo a costa del sudor y esfuerzo del entorno familiar y parte del vecindario voluntario. Poco a poco se va completando el ajuar necesario para el acomodo y disfrute de todos.

Cuando parece que ya está todo preparado, surgen los imprevistos de última hora: el chaleco del abuelo no aparece, una de las arras se ha escabullido en el arca, la sobrina pequeña se ha hecho un chichón, el pariente lejano no llega.

SÍ, QUIERO

Pero ya suenan las campanas. El tiempo está cumplido. Llegó la hora. Todos trajeados esperan impacientes a los novios que se están vistiendo y se hacen de rogar. Como Fernando es forastero se arregla en la misma casa de la novia. El tío Pablo no aguanta más; como padre y autoridad lanza un grito de apremio: ¡¡¡ venga!!! Por fin aparecen los novios, terminándose de arreglar.

En el portal, junto a la puerta de entrada, hay un lienzo en el suelo que nadie se atreve a pisar. En él se arrodillan los novios y comienzan las emociones

fuertes con la bendición del padre: “Hija mía, hoy te vas de esta casa para vivir con tu marido. Que sepas que nunca te olvidaremos. A los dos os digo que os respetéis siempre, en las duras y en las maduras. Sed buenas personas; que nadie tenga nada que decir de vosotros; que tengáis salud y que Dios os bendiga”. Les impone las manos y da la orden: “Vamos”. Y comienza la procesión hacia la iglesia.

Abre la marcha la chiquillería, jugueteando y saltando bajo la atenta mirada de las madres, pendientes de que no se manchen. Juaní camina temblorosa de bracete con Fernando, los padrinos detrás; forman el núcleo del cortejo. Los vecinos y vecinas salen a las puertas a ver la comitiva. Hay comentarios. Las mujeres fijan sus ojos en la novia. Se oye algún ¡viva los novios! Una abuela, apoyada en su bastón con voz casi imperceptible lanza su bienaventuranza: “Que seáis felices, hijos”. Entre risas entrecortadas, miradas gozosas (algunas nostálgicas), nervios contenidos y el repique de campanas, llegan a la puerta de la iglesia, donde les espera D. Leoncio con capa pluvial y porte solemne.

El sr. Cura hace la presentación de los contrayentes, a quienes pregunta si vienen a contraer matrimonio, libre y voluntariamente. Los novios responden con el primer sí del acto. Luego a los asistentes les apremia a que por última vez digan si tienen algo en contra que declarar: “Si alguien sabe de algún impedimento por el cual este matrimonio

no pudiera celebrarse, que lo diga ahora o calle para siempre”. Varios presentes, sobre todo mayores, capitaneados por el sacristán, responden con la frase conocida: “No sabemos nada”

Ante tanta firmeza y claridad el párroco da a los novios el extremo de la estola y agarrados a ella, cual seguro de vida futura, los introduce en el templo y los deja colocados en los reclinatorios, bien adornados, situados en la vía sacra junto al altar. Delante de los novios hay unas canastillas con dos hogazas grandes que son los panes de las ofrendas, que se ofrecen como símbolos del compartir, y que más tarde se repartirán, uno para el cura y otro para el painazgo.

La misa de velaciones (de boda) tiene la estructura litúrgica común, pero con unos momentos importantes cargados de fuerza y significado; estos son: el sermón, el acto de consentimiento y la velación con bendición.

El sermón es de esos que se llaman “de campanillas”, es decir, para ocasiones solemnes y emotivas. Hoy D. Leoncio lo ha bordado. Ha empezado traduciendo al castellano sencillo el mensaje de la palabra de Dios, leída en latín, como toda la misa, siguiendo el rito habitual y haciendo aplicaciones concretas al matrimonio. Después se ha detenido en las referencias personales de la vida de Juaní y Fernando y sus respectivas familias, a quien conoce muy bien desde hace muchos años. Ha empleado un

tono familiar y cercano, con lo que ha hecho aparecer alguna lágrima de emoción.

El rito del consentimiento es el momento culminante de la ceremonia; es la hora del sí definitivo, de la aceptación mutua. La gente está pendiente del tono, firmeza o nerviosismo de los novios. Hoy, Fernando y Juaní han dicho fuerte y claro “sí, quiero”. En la entrega de los anillos y las arras ha habido menos claridad, aunque no menos verdad. Suele ser habitual, que la frase les salga trastabillada: “Yo, Fernando, te entrego este anillo en señal de mi amor y fi...licidad, fi...dilidad, fidelidad (ahora sí) a ti”. Un pequeño trabalenguas que se disculpa con un aplauso de los concurrentes.

Al final de la misa llega el rito de la “velación”, que es el que da nombre a la celebración. Consiste en cubrir (velar) con el paño de hombros (prenda litúrgica en forma de rectángulo que usa el cura en algunas ceremonias) a los novios, para recibir la bendición nupcial. A la novia se le cubre la cabeza con el velo y al novio se le pone sobre los hombros. Se le llama también el “yugo”, por ser símbolo del lazo de unión contraído y por el que quedan constituidos marido y mujer. La bendición es la ayuda que viene de Dios para “ser ejemplo de integridad en las costumbres, tener una unión fecunda, ser padres de probada virtud y ver ambos los hijos de sus hijos y llegar a una feliz ancianidad”, según dice la liturgia.

Con el “íte missa est” (ídos, se acabó la misa) termina la ceremonia pública religiosa de la boda entre Juaní y Fernando.

A continuación, los novios con el cura, el juez de paz, los padrinos y testigos pasan a la sacristía para firmar y ratificar el acta matrimonial. El juez, haciendo de notario local y de forma ceremoniosa, hace entrega a los recién casados del Libro de Familia con una sencilla frase: “ Que lo disfrutéis”. Este documento va a ser importante para su vida futura, ya que en él va inscrito su matrimonio y posteriormente se apuntarán en él detalladamente los datos referentes a los nacimientos de sus hijos. Lo tendrán que usar y presentar en múltiples ocasiones.

A las puertas de la iglesia los acompañantes esperan nerviosos y expectantes a los novios. En cuanto los divisan en la cancela lanzan en tromba vivas a novios, padres y padrinos y se agitan pañuelos, boinas y sombreros. Hay besos, abrazos largos, apretujones, lágrimas de emoción, filas de espera para dar la enhorabuena. Dos rosas lanzadas le dan en la cara a Juaní que, después de besarlas, brinda con ellas diciendo: “Gracias”

¡A COMER!

De regreso a casa de la novia, en donde se han preparado las habitaciones, cuartos y salas disponibles con mesas, sillas, tablas, tableros borriquetas y cubiertos para todos los comensales, el escenario cambia.

El convite comienza con la constitución de la mesa principal en el comedor con la presencia en ella de novios, padres, padrinos, abuelos, cura y juez. Los demás invitados toman asiento agrupándose por conocencia, amistad y familia. D. Leoncio hace la bendición de la mesa y es la señal para “enfrentarse valientemente a la tarea de manducar”, como dice el abuelo paterno.

Abren la procesión alimentaria el jamón serrano casero, el chorizo y el lomo en adobo, acompañados de unas buenas rebanadas de la hogaza.

Aparecen los escabechados de pollo y conejo y cierran el cupo los asados de cordero. De todo ello dan buena cuenta los comensales, regando el gaznate con el tinto de Aragón y la cerveza con gaseosa de los porrones, que van y vienen sin parar de mano en mano. Los más veteranos, y mejores bebedores, alardean de hacer gargarillas altas, empezando por la boca, subiendo por la nariz y llegando hasta la frente, desde donde se despeña el vino formando chorreras hasta alcanzar el garganchón. El ambiente se anima, se calientan los ánimos y los vivas a los novios, padres, padrinos y al acompañamiento suben de frecuencia e intensidad. Los más atrevidos y pímpanes se atreven a pedir que se besen los novios bajo la mirada inquisitorial del sr. Cura, que lo acepta sin remedio. Con frutas y dulces caseros se termina el banquete dejando satisfechos y templados los estómagos más exigentes. Y es que los comensales, como recios sorianos, tienen

un buen paladar y un buen saque, dejando los platos rebañados y sin ningún desperdicio. Aun así la sobremesa se prolonga largo y tendido con la conversación, los cigarrillos y algún cortadillo de aguardiente o coñac.

TODOS AL PAINAZGO

La boda no ha terminado, sigue su ritual costumbrista. Por ello, casi sin dar tregua, las campanas convocan al painazgo. Vecinos y vecinas, chicos y grandes, van acudiendo a la puerta de la casa de la boda, todos mudados y con traje de domingo, como exige la ocasión.

Ocupan la primera fila las mozas del pueblo, bien compuestas y ataviadas. Traen un paño en la mano, porque van a “pedir la torta” a la recién casada. En realidad, no le van a pedir nada, sino a darle la enhorabuena, felicitación que la novia agradece obsequiando a cada una con la torta redonda, dulce, artesana, hecha por ella misma con la fórmula tradicional.

Distintos miembros de la familia van repartiendo entre los asistentes los productos típicos del painazgo: cañamones con anises dulces, pan, vino, ricos sobadillos y doradas magdalenas y algún que otro licor. Cada uno hace su combinación: unos comen primero los cañamones, otros hacen sopeta con el pan y el vino, hay quien se centra más en los dulces y algunos dejan para el final los cañamones, para irse con ese buen sabor de boca. A la

chiquillería le gusta más comerse primero la rebanada de pan regada con vino y un poco de azúcar, ya que es una de sus meriendas, y dejan para el final los cañamones que van recogiendo en cantidad, pasando varias veces por distintos repartidores y que los guardan en el recipiente que han hecho con el moquero limpio anudándolo en las puntas.

Comiendo y bebiendo se calientan los músculos y como de la panza sale la danza, según el dicho, los recién casados se arrancan a bailar al son del pasodoble que sale de la gramola que ha traído el tío Felipe. Todos se animan y los hombres y los mozos sacar a bailar a sus parejas, danzando bien agarrados. Al lucero Alfonso no le hace ninguna gracia interrumpir el baile con su parienta para ir a echar las luces públicas, pero el deber es el deber. Con la luz de las bombillas el painazgo se alarga un rato más, hasta que las madres comienzan a desfilar con los chiquillos, porque les parece que es una hora prudencial para recogerse.

LA ALBADA NUPCIAL

En la casa de la boda se está preparando la cena para los más allegados. Se hace rápido, porque la cena consiste en aprovechar las sobras de la comida, añadiendo una buena ensalada, queso, y algo de embutido.

Va avanzando la noche, pero la boda no ha llegado a su fin todavía. Queda el último acto vecinal.

Alrededor de las doce vienen los mozos, repeinados y bien puestos, a “pedir la bota” y “cantar la albada”; es la forma de dar la enhorabuena y agasajar al nuevo matrimonio en la versión masculina. Las mozas lo han hecho al comienzo del painazgo.

En la casa les esperan con las mesas bien surtidas de botas, porrones, vino, dulces y licores; se habla en voz baja para escuchar el comienzo de la ronda-albada. “Ya están ahí”, dice uno. Se hace el silencio y empiezan a sonar los vozarrones que dicen: “A esta puerta hemos llegado/ con intención de cantar/ si no quieren que cantemos/ nos volveremos pa’atrás”.

Se abren las puertas de la casa de par en par y en el centro aparece la pareja, rodeada de familiares que alargan el cuello para poder ver. Todos aplauden a los mozos que prosiguen su albada: “Venimos aquí en cuadrilla/ para bien felicitar/ a este nuevo matrimonio/ que se acaba de formar./ Viva la Juaní del pueblo/ y su Fernando galán/ y vivan los familiares/ que muy contentos están... Van desgranando su canto alegre con cierta emoción y decoro. Al final, van terminando así: “Nos despedimos de todos/ no les molestamos más/ queremos brindar ventura/ y la garganta engrasar”

Todos pasan al interior. Se oyen risas, brindis y vivas; repasan vivencias y recuerdos personales y locales y entre parrafada y parrafada alguien se atreve con una jota aragonesa de esas que se oyen cantar, a veces, en el campo: “Por qué vienen tan contentos los

labradores/ que cuando vienen del campo vienen cantando.....”

NOCHE DE BODA CON SORPRESAS

El mocerío abandona la casa dando las buenas noches. Con pícardia que denota cierta complicidad, el alcalde de los mozos les desea a los recién casados que duerman bien y tengan felices sueños. Más bien suena a advertencia, porque, desde este momento, el empeño de los mozos es descubrir dónde va a dormir la nueva pareja. Para ello, ingenian mil artimañas: vigilancia de la casa de los padres y de otros familiares del pueblo, recoger información de chivatos, pedir la colaboración vecinal. Al final, todo este trabajo de indagación y vigilancia nocturna dará resultado.

Los recién casados consiguen llegar a la casa de una tía donde les han preparado habitación para esta noche especial. Piensan haber burlado los controles móviles, porque no han visto a nadie ni nada sospechoso. Pero al penetrar en el cuarto y encender la luz un forzado trepa por la pared hasta la ventana del dormitorio. Como el cerrojo está abierto, gracias a una prima de la novia, cómplice descarada, la ventana se abre fácilmente y sorprenden a la pareja sin tiempo de reaccionar. Al instante toda la casa es tomada por los tenaces mozos y después de un rato de risas, bromas y chistes sobre la noche de bodas, el ejército invasor abandona la plaza. Ahora los recién casados pueden decir aquello: “al fin, solos”. Pero aún les

queda la última sorpresa; alguna mano cercana ha echado sal gorda en la cama. Retirada ésta se disponen, por fin, a dormir. Al meterse en la cama comprueban que no pueden estirar las piernas hasta abajo. Es que alguien ha hecho, lo que llaman popularmente, la petaca, doblando la sábana encimera hasta mitad de la cama. Esto les obliga a levantar toda la ropa y rehacer la cama.

SUEÑOS

La noche de ensueño se alarga. Al día siguiente todo ha vuelto a su normalidad: cada cosa en su sitio y cada mochuelo en su olivo. Los únicos que no madrugan son Juaní y Fernando. Es su día de descanso merecido. La mañana está avanzada y el sol se cuela por una rendija de la ventana. Es hora de despertar de la fiesta y emprender el nuevo camino. Abren la puerta para ver el oraje que hace en su primer día de casados. Ha salido un día espléndido. Miran a la torre de la iglesia y, como un presagio, ven a dos cigüeñas que crotoran con sus picos y abren las alas embelesadas en una tierna danza nupcial. Fernando y Juaní se miran, se dan un beso y les viene a la memoria lo que les contaban de pequeños: que a los niños los trae la cigüeña. Y es que también, hoy, en Almarail, como en todas partes, es agradable soñar que a los niños los trae la cigüeña del amor en su pico con mucho cuidado y con un pan debajo del brazo.

Con la felicidad a flor de piel los nuevos esposos preparan las maletas. Mañana cogerán la

camioneta del Varea que les llevará a Soria. Desde allí a lomos del lento ferrocarril iniciarán su sencilla luna de miel, haciendo un pequeño recorrido por algunas capitales cercanas, hospedándose en casa de familiares.

Y fueron felices.